84 Un Infierno ó la casa de Huéspedes.

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*
D. Juan Diaz de los Rios *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

7

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Muger y madre.
Jaime el Barbudo.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos:..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Moutecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

UN INFIERNO

O LA CASA DE HUESPEDES.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

D. JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada con aplauso en el teatro de Variedades el dia 10 de Diciembre de 1853.

N.° 227.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 35.
1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/uninfiernoolacas2557guti

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
ROSITA (18 *años*).	Doña Concepcion Ruiz.
DOÑA QUITERIA, *madre de la anterior*, (50). . .	Doña Segunda Fornos.
DOÑA JUANA, *esposa de don Simon* (45).	Doña Laura García.
MANUELA.	Doña Carolina Calmuntia.
DON MANUEL, *amante de Rosita* (25).	Don Manuel García.
DON SIMON, *patron de huéspedes* (55).	Don José Aznar.
DON CRISANTO, *exclaustrado* (50).	Don Cipriano Martinez.
JOSE, *torero* (25).	Don José Aguado.
DON CRISPULO (30). . . .	Don José García.
DON AMBROSIO, *cesante* (40).	Don Francisco Elers.
DON ANGEL, *músico* (30).	Don Francisco Ramos.

Varios huéspedes.—Toreros y mujeres.

La accion pasa en Madrid: empieza á las diez de la mañana, y concluye á las doce de la noche.

ACTO PRIMERO.

Salon de paso modestamente amueblado en casa de don Simon. En cada ángulo del foro una cama, y en medio una puerta, que por la derecha conduce á la calle, y por la izquierda al interior.—Puertas laterales.—A un lado de la puerta del foro, una mesa con un vaso y una botella de agua.—Sillas.

ESCENA PRIMERA.

Don Angel.—Don Ambrosio.—Don Crisanto.—*Los dos primeros sentados junto á las camas, y la cabeza reclinada en ellas; el último, sentado junto al primer bastidor de la derecha, con la mano en la mejilla y en ademan meditabundo. Al levantarse el telon, se miran unos á otros, bostezan y vuelven á la misma postura, que abandonan al fin despues de una pausa, levantándose segun van haciendo uso de la palabra. Se oye un reloj lejano.*

Ambros. Pues señor, es necesario dejar esta casa.
Crisant. Pero á dónde vamos?
Angel. Eso digo yo.
Ambros. A los infiernos.
Crisant. Qué mas infierno que una casa de huéspedes, donde no se come?
Ambros. Esto ya no puede sufrirse. Las once, y aun estamos en ayunas.
Crisant. Presumo que hoy tenemos que hacernos una cruz en el estómago.
Angel. Yo anoche no cené nada.
Ambros. Ni yo.

669062

CRISANT. Idem per idem.
AMBROS. Y gracias que no habia comido.
ANGEL. Pero tenemos el consuelo de que hoy no almorzaremos tampoco.
CRISANT. Don Simon no vuelve de la plazuela. (*Vuelven á mirarse y á bostezar.*)
AMBROS. Yo tengo las tripas como el cañon de una escopeta... vacía.
ANGEL. Yo como el de una flauta.
CRISANT. Yo como el de un órgano.
AMBROS. Así no se puede vivir.
CRISANT. Cierto: á no convertirnos en camaleones...
ANGEL. Don Simon nunca tiene dinero.
AMBROS. Que lo busque.
CRISANT. Por desgracia anda retiradillo.
ANGEL. Cómo ha de ser.
CRISANT. Vaya por Dios.
AMBROS. *(Se asoma á la puerta del foro.)* Voto al demonio! Nada; y no viene.
ANGEL. Todavía no tarda.
CRISANT. Tengamos paciencia. (*Vuelven á mirarse y á bostezar.)*
AMBROS. Cómo se me abre la boca.
ANGEL. Y á mí.
CRISANT. Esto es contagioso. *(Se oye la campanilla.)*
AMBROS. Ahí está ya don Simon.
ANGEL. Con eso y con que traiga la cesta vacía...
AMBROS. No faltaba mas!
CRISANT. No será estraño.
LOS TRES. Veamos. *(Se dirigen á la puerta, donde aparece don Simon.)*

ESCENA II.

Dichos.—DON SIMON *con capa y una cesta colgada del brazo.*

SIMON. Vamos, señores, vamos, ya estoy aquí.
TODOS. Gracias á Dios.
SIMON. *(Descubriendo la cesta.)* Hoy sí que no podrán ustedes quejarse. Traigo lo mejor de la pla-

zuela. Vean ustedes, unas truchas riquísimas: todavía están chorreando sangre.

TODOS. A ver, á ver?

AMBROS. Hombre! Y tiene usted valor de llamar truchas á los panzudos peces del hediondo canal de Manzanares?

SIMON. Pues qué?...

AMBROS. Vaya! eso es querernos hacer comulgar con ruedas de berengena.

SIMON. Pues mire usted que yo soy muy lince, y á mí no me la pegan tan fácilmente. Estas son truchas y muy truchas, como ustedes... podrán ver, si las examinan con cuidado.

AMBROS. Como que querrá usted decirme á mí lo que son peces! á mí, que he sido pescador de caña seis años, que estuve de fiel en el derecho de puertas.

SIMON. Y qué tiene que ver un fiel con una trucha?

CRISANT. Vamos, señores; qué importa que sean truchas ó no lo sean? Todo es gracia de Dios, y lo que importa es llenar el estómago; que barriga llena á Dios alaba.

AMBROS. No estoy conforme con esa severidad de principios. *(A don Crisanto, llevándolo aparte.)* Y aquí para entre los dos. Si da usted en alabar esos malditos comistrajos, el mejor dia...

CRISANT. Pero, señor, algo ha de suplirse.

AMBROS. No sabe usted lo que son en Madrid las casas de huéspedes.

CRISANT. Yo, á la verdad, no me atrevo á levantar el gallo, porque como le debo al patron dos meses y medio...

AMBROS. Necedad de necedades! Seis meses há que yo no le pago, y ya ve usted cómo se me trata. Tienen conmigo todas las consideraciones posibles, porque me he propuesto no callar á nada y ponerles á cada instante la ceniza en la frente.

CRISANT. Pues señor, cada uno tiene su genio, y yo no puedo vencer el mio.

AMBROS. Así le saldrá á usted la cuenta.

SIMON. Mire usted, señor don Angel, estoy ya que me ahogan con un cabello. El casero me aprieta

por un lado; el de la tienda de ultramarinos por otro: y le aseguro á usted que si hoy no encuentro quien me empeñe el frac de los dias de fiesta, mañana no tendré quien me fie ni un solo garbanzo.

ANGEL. Ya veo que es una fatalidad.

SIMON. Y bien... y qué?

ANGEL. Lo que usted debe hacer, es pedir á don Ambrosio, ú don Crisanto, para salir de esta semana; que por lo que á mí toca, antes de ocho dias... porque ahora estoy concluyendo unas lamentaciones, y en cuanto me paguen, tiene usted en su poder el dinero.

SIMON. Conque á don Ambrosio, ú don Crisanto, eh? Buen par de apuntes.

ANGEL. Nadie mejor que ellos.

SIMON. Pero, hombre, si no tienen un cuarto! Qué diablos quiere usted que me den entre un lego exclaustrado y un cesante, que andan siempre á la cuarta pregunta, y que... para decirlo de una vez, dependen del Gobierno; que si no fuera por mí, ya los hubiera hecho cesar hasta en el ejercicio de sus funciones vitales.

ANGEL. Y si no, á D. Antonio, ó los toreros.

SIMON. Sí, acérquese usted. El uno nada me debe; al contrario, si no fuera por él, muchos dias nos quedariamos asperges; y los otros lo necesitan todo para sus bromas, y no están siempre de humor de adelantar dinero.

ANGEL. *(Dirigiéndose á la puerta del foro.)* Pues, señor, no encuentro otro recurso.

SIMON. *(Viéndolo salir.)* Medrados estamos!

CRISANT. Hoy es dia de póstula.

ESCENA III.

DON SIMON.—DON AMBROSIO.—DON CRISANTO.

SIMON. Oiga usted, señor don Crisanto.

AMBROS. (Luego me toca á mí.)

SIMON. *(Aparte á don Crisanto.)* Ya sabe usted que

estoy algo apuradillo; y si usted pudiera proporcionarme algunos cuartos á cuenta de...

CRISANT. De un dia á otro nos van á dar una paga, y en el momento tendrá usted en su poder cuanto le debo. Tiene usted un polvo?

SIMON. *(Dándoselo.)* Sí señor.

CRISANT. Este sí que es bueno.

SIMON. No es muy malo. Pero señor, ello es preciso que me busque usted alguna cosa.

CRISANT. Dónde lo toma usted?

SIMON. En el estanco.

CRISANT. Es muy rico. Me dá usted otro?

SIMON. Vaya! Y van tres, señor don Crisanto.

CRISANT. Dos nada mas, señor don Simon.

SIMON. Conque... ya ve usted que con buenas palabras no se come.

CRISANT. Vamos, señor; un poco de paciencia. Dios dará, Dios dará. *(Dirigiéndose á la puerta.)* Este don Simon gasta un polvo escelente.

SIMON. Tambien este se larga.

AMBROS. (Ahora viene acá. Sí, bien vienes.)

ESCENA IV.

DON SIMON.—DON AMBROSIO.

SIMON. Qué me dice usted, señor don Ambrosio? Le parece á usted que estamos medrados?

AMBROS. Y á mí qué me dice usted? Tengo yo cara de redentor?

SIMON. No se enfade usted.

AMBROS. Pues, hombre: si está usted siempre llorando plagas.

SIMON. Le parece á usted razonable que con un calor de treinta y seis grados, ande yo cargado con esta capa que pesa mas que un mal matrimonio?

AMBROS. Y á mí, qué? Tengo yo la culpa de lo que á usted le pasa? El Gobierno me debe á mí mas de un año de atrasos, y callo, y sufro y... me fastidio; con que así tenga usted paciencia, si

es que puede; y si no, ahórquese: que bastante tengo yo con mis apuros. (*Se dirige á la puerta.*)

SIMON. *(Viéndole salir.)* Este siquiera es prudente.

ESCENA V.

DON SIMON.

Pues señor, si esto es vivir, venga Dios y véalo. Yo no sé ya qué hacer, ni por dónde tirar, ni á dónde acudir. Ninguno tiene dinero, y todos comen que se las pelan. Dios mio! Dios mio, quién me ha metido á mí en este infierno!

ESCENA VI.

DOÑA JUANA.—DON SIMON.

VOZ. *(Dentro.)* Simon! Simon!

SIMON. Aquí viene mi mujer: el complemento de mi dicha.

JUANA. Acabáras de llegar! Maldita sea tu posma. Siempre que sales á la calle, te quedas embobado mirando las musarañas.

SIMON. Vamos! Ríñeme tú tambien, y me voy derecho al canal.

JUANA. Si yo no conociera tu cachaza...

SIMON. Mujer, eres el mismo demonio. Te has empeñado en que yo no tenga una hora de sosiego, y te sales con ella. Pero... si un dia me coges de mal humor, yo te aseguro...

JUANA. Sí, lengua: eso no te falta. Así atendieras á tus obligaciones.

SIMON. Pero mujer, qué mas quieres que haga?

JUANA. Traer las cosas á su tiempo, y no que siempre tiene una que andar á la última hora de prisa y corriendo. Vea usted! Una mujer sola tener que atender nada menos que á cinco huéspedes! y que cada uno de ellos necesita una docena de criados.

SIMON. Tú tienes la culpa de que ninguna sirviente pare en casa cuatro dias. Con esos malditos celos....

JUANA. *(Colérica.)* Mira, Simon, que te conozco! Mira que tú á mí no me la pegas! Mira que conozco tus mañas, y sé que con esa cara de santo no hay mujer que esté libre de tus uñas! Te parece á tí que se me ha escapado ninguna de tus fechorías? Pues te engañas: que aquí donde me ves, tengo oidos de ética, ojos de lince y olfato de podenco.

SIMON. Sí, y lengua de escorpion por añadidura.

JUANA. Piensas tú que me mamo el dedo? No, hijo mio; que ya se acabó el tiempo de los tontos.

SIMON. Pero, mujer, habla siquiera una vez como Dios manda. Déjate de celos, ni tonterías, y escúchame, que tengo que participarte un asunto de la mayor importancia.

JUANA. Vamos, dí lo que quieras; pero pronto.

SIMON. *(Poniendo la cesta en una silla.)* Has de saber, Juanita, que como estamos tan atrasados...

JUANA. Tuya es la culpa. Quién te manda tener huéspedes que comen mucho, y nunca pagan un cuarto?

SIMON. Si á eso voy, mujer, á eso voy. No me interrumpas y déjame acabar, ó me vuelvo á la calle.

JUANA. Vamos: esplícate.

SIMON. Pues, como te iba diciendo, es necesario buscar un recurso, para no tener que andar siempre con esta agonia.

JUANA. Pues ya se vé; que esto no hay quien lo aguante.

SIMON. Si tú supieras que se nos viene la fortuna á las manos! A que no sabes á quien tendremos en casa, dentro de una hora?

JUANA. No te comprendo.

SIMON. Sí, Juana, sí: dentro de una hora vamos á colocar la primera piedra en el edificio de nuestra fortuna. La señora doña Quiteria Siete-fuentes ha llegado ayer á Madrid en la diligencia de Andalucia: viene á casar una hija suya con uno que dicen que se dice que es nada menos que sobrino de un ministro, y al mismo

tiempo á ver si los aires de Madrid la curan de una jaqueca continua que padece.

JUANA. Y qué nos importa todo eso?

SIMON. Que como es conocida antigua, la he dicho que tenemos casa de huéspedes, y hemos convenido en que se vendrán desde luego á vivir con nosotros.

JUANA. Eso es lo único que te quedaba que hacer, traerme ahora dos mujeres mas que asistir, cuando ves que no puedo barajarme con la gente que tengo en casa! Y.... sobre todo: que no quiero mujeres... que no las quiero; porque son todas muy fastidiosas y muy...

SIMON. Gracias á Dios que te conoces!

JUANA. Que no lo pienses, Simon!

SIMON. Pero, mujer: la señora doña Quiteria tiene en Madrid muchas relaciones, y me ha ofrecido sacarme un empleo. Ya ves si la ocasion debe desperdiciarse. Conque les irás preparando ese gabinete?

JUANA. Te digo que no las quiero en casa.

SIMON. Y yo te digo que no tiene remedio, porque ya vendrán los mozos con el equipaje.

JUANA. Pues, mira: allá te entenderás tú con ellas. *(Tomando la cesta y dirigiéndose al fondo.)*

SIMON. *(Deteniéndola.)* Cuidado con ponerles una mala cara.

JUANA. Amenazas á mí? Mira: ahí te queda la cesta. Hazte cuenta que no hay tal mujer en la casa. *(Hace que se vá y don Simon la detiene.)*

SIMON. Señora: por la primera vez obedezca usted á su marido.

JUANA. Caballero: por la primera vez y por la última le digo á usted que no se me antoja, y que yo no soy ninguna esclava.

SIMON. Juana!

JUANA. Simon!

SIMON. Lo harás?

JUANA. No lo haré.

SIMON. Calla.

JUANA. No callo.

SIMON. Vete.

JUANA. No me voy.

SIMON. He aquí la felicidad doméstica! *(Con afectada dulzura.)* Quieres dejarme en paz?

JUANA. Lo que yo quisiera era no haberte conocido nunca. *(Tomando la cesta y saliendo por el fondo.)*

ESCENA VII.

DON SIMON.—*Luego* DON MANUEL.

SIMON. ¡Suerte infame, suerte cruel, suerte ingrata, suerte desnaturalizada, qué te he hecho yo para que te estrelles conmigo de esta manera? Huéspedes hambrientos y sin blanca, mujer endemoniada y celosa, casero inclemente y despiadado, mueblista, en fin, desconfiado y furioso; he aquí los enemigos que me rodean, que me asaltan, que me ostigan, y me condenan. Y no saldré yo nunca de este laberinto, aunque tenga que agradecérselo al mismo demonio? *(Se oye una campanilla.)* Allá van. Si será él? *(Suelta la capa, va á abrir y vuelve con don Manuel.)*

MANUEL. *(Con mucho misterio y haciéndole señal de que calle.)* Ahora lo sabrá usted todo.

SIMON. Pero usted quién es, caballero?

MANUEL. No es usted don Simon?

SIMON. Sí, señor.

MANUEL. El dueño de esta casa?

SIMON. Sí, señor.

MANUEL. Patron de huéspedes?

SIMON. Sí, señor.

MANUEL. Que comen mucho y no pagan un cuarto?

SIMON. Sí, señor.

MANUEL. Marido de una doña Juana, mujer colérica y celosa?

SIMON. Sí, señor. Pero este hombre lo sabe todo!

MANUEL. No espera usted dentro de poco á una tal doña Quiteria, que ha llegado á Madrid en la diligencia de Andalucía?

SIMON. *(Asombrado.)* Sí, señor.

MANUEL. Que viene á casar una hija suya con el sobrino de un ministro?

SIMON. Pero quién es usted, caballero?

MANUEL. Poco le importa ú usted saberlo ahora.
SIMON. (Dios mio: si será el diablo!)
MANUEL. Tiene usted hospedaje para mí?
SIMON. No, señor; toda la casa está ocupada.
MANUEL. Ni un rinconcillo siquiera?
SIMON. Pero...
MANUEL. Vamos.
SIMON. Caballero... *(Haciendo la señal de la cruz de modo que el público lo advierta.)* siento mucho decir á usted que es imposible. Jesus! Ave María purísima! si yo tuviera... (Pues no huye!)
MANUEL. Con que no habrá un sitio donde hospedarme? *(Entregando un bolsillo que don Simon examina cuidadosamente.)*
SIMON. Pero este dinero...
MANUEL. Es una gratificacion anticipada, si usted quiere ayudarme en una intriga inocente.
SIMON. Ya; pero... si es oro.
MANUEL. Tanto mejor.
SIMON. Bien: pero... si... yo... No trata usted de burlarse de mí, caballero?
MANUEL. La prueba es bien clara. *(Señalando al bolsillo.)*
SIMON. Vamos, y qué es lo que tengo yo que hacer para ser dueño de este bolsillo?
MANUEL. Guardarlo.
SIMON. Mire usted; yo soy una persona honrada, aunque pobre, y no puedo recibir este dinero sin saber lo que usted me exige.
MANUEL Que me reciba usted en su casa, sin que se entere doña Quiteria.
SIMON. Y nada mas?
MANUEL. Nada mas.
SIMON. (Si será algun...) Tiene usted pasaporte?
MANUEL. Y en regla.
SIMON. Pues señor, hecho está el trato. Es usted dueño de toda la casa. Ahora mismo voy á mandar salir á todos los huéspedes, y hasta á mi mujer, si es que ella estorba.
MANUEL. No, por cierto. Aquí no ha de hacerse alteracion alguna. Yo con una habitacion tengo bastante.
SIMON. Escoja usted la que mas le guste.

MANUEL. Cualquiera. Cuál destina usted á doña Quiteria?

SIMON. Ese gabinete. *(Señalando á la izquierda.)*

MANUEL. Pues bien: para mí la habitacion inmediata.

SIMON. Y el equipaje?

MANUEL. No traigo mas que lo puesto.

SIMON. (Cosa mas rara!)

MANUEL. Con que está usted contento con el nuevo huésped?

SIMON. Pues no he de estarlo, señor? Si me parece un sueño lo que me pasa! Y usted querrá tomar alguna cosa, porque si V. S. viene de camino...

MANUEL. Comeré siempre fuera de casa; á no ser que algun dia se me antoje...

SIMON. Pero un señor tan ilustrísimo... V. E. merecia otra cosa; pero mi Juana y yo nos esmeraremos... (Lo menos es un príncipe.)

MANUEL. Nada de tratamientos: no soy lo que usted se figura.

SIMON. Si hoy cualquiera lo tiene, cuanto y mas un señor tan generoso.

MANUEL. Doña Quiteria no tardará en llegar con su hija. Deberá acompañarlas un caballero, que es el novio que le preparan. Yo necesito hacer algunas diligencias, y volveré luego.

SIMON. Y cómo es su gracia de... la gracia de...

MANUEL. Mas adelante sabrá usted mi nombre. Ahora, ni á usted le interesa saberlo, ni á mí me acomoda decirlo.

SIMON. Bien, bien, señor: por eso no se incomode vuestra alteza. *(Váse don Manuel.)*

ESCENA VIII.

DON SIMON.

Pues señor: ese hombre es un príncipe; no hay mas remedio. Pero, qué le habrá traido á mi casa? La hija de doña Quiteria? Quiá!... Habia él de preciarse de una provincianilla de poco mas ó menos? Lo que le sobrarán á él serán se-

ñoronas de alto copete, con mas títulos encima que se han repartido en España hace diez años. Y lo que mas me admira, que todo lo sabe. Si será el diablo! pero si lo es, es el diablo mas arrogante y buen mozo y liberal que haya salido del infierno. Dios mio! Cuando mi Juana lo sepa... No querrá creerlo. Por dónde me ha venido á mí esta fortuna? Esto es para volverme loco de pura alegría! Juana! Juana! *(Gritando.)*

ESCENA IX.

DOÑA JUANA.—DON SIMON.

JUANA. Qué es eso, Simon? Te has vuelto loco?
SIMON. Juana...! Juana!! Juana!!! Ya somos ricos!
JUANA. Qué le ha dado á este hombre?
SIMON. *(Con misterio.)* Tenemos en casa nada menos que un príncipe.
JUANA. Simon, estás en tu juicio? Qué locura es esa?
SIMON. Calla, tonta! No te dije que hoy íbamos á poner la primera piedra en el edificio de nuestra fortuna?
JUANA. Qué fortuna, ni qué calabaza!
SIMON. Tengo aquí en oro, mas dinero que pueden comerse nuestros huéspedes en judías, aunque las estuvieran comiendo un siglo.
JUANA. Simon: á tí se te ha vuelto la cabeza!
SIMON. Lo que se me ha vuelto es el bolsillo. *(Mostrándolo.)*
JUANA. Será posible? *(Examinándolo.)* Y cómo has podido adquirir esto?
SIMON. Cómo? guardándolo.
JUANA. Simon: este dinero no es bien venido.
SIMON. Pobre Juana! qué agena está de lo que pasa!
JUANA. Quién te ha dado ese dinero?
SIMON. El.
JUANA. Pero quién es él?
SIMON. El que todo lo sabe.
JUANA. El que todo lo sabe?
SIMON. Sí, Juana: escucha y asómbrate. Sin haberme visto nunca, sabe que me llamo Simon, sabe

que soy el dueño de esta casa, que tengo unos huéspedes que comen mucho, y de aqui *(Haciendo con la mano esa seña particular que indica dinero.)* ni esto; *(Colocando el pulgar de la mano derecha debajo de los dientes superiores.)* sabe que esperamos á doña Quiteria, que viene á casar á su hija con el sobrino de un ministro; y por último, Juana, y esto es lo mas singular, sabe tu nombre, y hasta sabe que eres colérica y celosa.

JUANA. Noramala para el deslenguado! Siempre será él una persona de poco mas ó menos.

SIMON. Y es una persona de poco mas ó menos, la que por solo una habitacion, sin comida ni otras zarandajas, nos regala este bolsillo, como quien dice, de propina?

JUANA. Simon: ese hombre no trae buenas intenciones.

SIMON. Todo lo contrario: lo único que me ha exigido es que no sepa doña Quiteria que se halla en casa.

JUANA. De veras?

SIMON. Nada mas cierto.

JUANA. Vamos, no acabo de convencerme. Eso debe ser alguna trapisonda.

SIMON. Trapisonda ó no trapisonda, lo cierto es que su paga es paga de príncipe, y que este es oro contante y sonante. *(Se oye una campanilla.)*

JUANA. Voy á ver quien llama.

SIMON. Esa debe ser doña Quiteria.

ESCENA X.

DOÑA QUITERIA.—ROSITA.—DON CRÍSPULO.—MANUELA.—DICHOS; *don Críspulo de elegante muy exagerado; doña Quiteria anticuada, Rosita y Manuela del dia.*

QUITER. *(Con un perrito en brazos.)* Por dónde? Por dónde?

SIMON. Por aquí, señora, por aquí.

ROSA. *(A Manuela aparte.)* Sabe ya la casa?

MAN. Sí, señora, ya lo sabe todo.

QUITER. Ya estamos aquí, gracias á Dios. Han traido el equipaje?

SIMON. No, señora; pero ya dejé yo en el parador las señas.

QUITER. Qué calóricos hacen en Madrid! *(Sentándose.)* Señor don Críspulo, tenga usted la bondad de recibir en sus brazos á Escipion, mientras me quito el gorro y los guantes.

CRÍSP. Con mucho gusto. *(Tomando el perro.)*

QUITER. Doy á usted las mas espresivas gracias por su estraordinaria bondad é inimitable finura.

CRÍSP. Usted me confunde.

QUITER. Cómo se conoce que se ha amamantado usted en la córte.

ROSA. *(A Manuela.)* Ya mamá principia á desbarrar.

MAN.ª Déjela usted que diga lo que quiera.

QUITER. Señor patron, dónde está nuestra hospedería?

SIMON. En ese gabinete.

QUITER. Está muy bien.

JUANA. (Y qué redicha es la señora!)

QUITER. *(A Juana.)* Es usted la doméstica?

SIMON. No tiene nada de eso, señora: es mi mujer.

JUANA. Pues está buena la ocurrencia!

QUITER. Usted disimule, hija; pero ignoraba que fuese usted la cónyuge de don Simon.

JUANA. No soy la cónyuge, señora; soy su esposa legítima, casada en la parroquia de San Ginés hace veinte y dos años, para lo que usted guste mandar. Vea usted eso! á mí cónyuge!

QUITER. No ha entendido usted la palabra.

JUANA. Ni necesito entenderla.

SIMON. Vamos, Juana; no sabes tú que cónyuge es lo mismo que mujer legítima?

JUANA. A mí que no me venga nadie con indirectas.

QUITER. Vea usted lo que es la ignorancia supina!

SIMON. Como ella no entiende esas cosas...

QUITER. Pues es muy estraño: criada en la córte...

ROSA. Mamá: quiere usted descansar un rato?

QUITER. Está ya perfeccionado mi lecho?

SIMON. Lo estará dentro de pocos instantes. Juana, vamos á preparar el cuarto de estas señoras.

QUITER. *(A Manuela.)* Ayúdales tú, doméstica.

(Vánse los tres por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

Doña Quiteria.—Rosita.—Don Críspulo.

Quiter. Ven, hija mia, ven: apropíncuate á la autora de tus dias.

Rosa. Mamá!

Quiter. Aquí tiene usted, señor don Críspulo, el vástago de mi infortunado himeneo. Diez y ocho abriles: casi el mismo tiempo que mi infeliz consorte descansa en la marmórea tumba.

Crísp. Señora: yo me tengo por muy dichoso con la esperanza de poseer un dia tesoro de tantas perfecciones.

Quiter. Es un ángel, señor don Críspulo, es un ángel. Tan hermosa...!

Crísp. Bien lo manifiesta.

Quiter. Y lo que no manifiesta, señor don Críspulo. Las dotes del alma son superiores á las del cuerpo. Solo esta hija hemos tenido; con ella agotamos todos los recursos de que los padres disponen para que su educacion fuese esmerada; para que algun dia pueda llenar en el santo matrimonio el admirable fin á que el Señor la ha destinado, contribuyendo á propagar las sanas doctrinas que ha recibido en la infancia.

Rosa. (Dios mio: si Manuel la oyera!)

Quiter. No es verdad, hija mia?

Rosa. Pero mamá...

Crísp. Señora, la dicha que me espera es tan grande...

Rosa. (Y el tonto lo da por hecho.)

Quiter. Qué respondes tú, niña? No serás tú tambien feliz con el hombre que tanto te adora?

Rosa. Creo que tambien lo seré con el hombre á quien amo.

ESCENA XII.

Dichos.—Don Simon.

Simon. Señora, ya está arreglado el cuarto.

Quiter. Pues voy á descansar un rato; que me siento algo retentada de la jaqueca, y el sueño reparador y benéfico es un específico admirable. Señor don Críspulo, puede usted ir arreglando con su excelencia, su señor tio de usted, los contratos matrimoniales, á fin de que el himeneo quede consumado en la semana próxima. *(Llevándolo aparte.)* Tiene usted un rival temible; pero ha quedado en Sevilla muy descuidado, y cuando lo sepa, no tendrá mas remedio que darse de calabazadas.

Crísp. Pero es rival que puede competir conmigo?

Quiter. Qué disparate! Con un jóven como usted, emparentado con la flor y nata de nuestra mas distinguida nobleza, y además educado en la córte! Es un calavera de á fólio: derrochador, si los hay, aficionado al juego y un seductor de primera clase.

Crísp. Cáspita! Y de ese nene estaba enamorada la niña?

Quiter. Cosas de la poca edad; pero ya vá conociendo que no le conviene un enlace tan desproporcionado. En su familia no se ha conocido ni un marqués siquiera, ni una excelencia; que hoy la tiene cualquiera Pedro Fernandez: solo tiene un tio en buena posicion; pero es tio lejano. Mas á qué hablar ya de eso? Yo estoy cansada: usted necesitará atender á sus obligaciones, y después nos veremos.

Crísp. Está bien, querida mamá. *(Besándole la mano.)* Hasta luego.

Quiter. Hasta luego, yerno finísimo y delicado. *(Váse.)*

Crísp. Rosita, qué esperanza despierta usted en mi corazon!

Rosa. Mire usted que á mamá le vá á dar la jaqueca.

Crísp. Es verdad no quiero detenerme. Beso á usted los piés.

ROSA. No se detenga usted, que es tarde. *(Váse don Críspulo. Doña Quiteria entra en su gabinete: don Simon al ver entrar á don Manuel lo saluda con reverencias exageradas.)*

ESCENA XIII.

ROSA.—DON SIMON.—*Luego* DON MANUEL.

ROSA. Gracias á Dios que ya se ha marchado.
SIMON. Señorita, necesita usted alguna cosa?
ROSA. Diga usted: ha estado aquí hace poco un caballero jóven, buen mozo y bien portado?
SIMON. Aquí no ha estado nadie, mas que el príncipe de... no me acuerdo del título.
ROSA. No: el que yo digo debió venir en busca de hospedaje.
SIMON. Precisamente: el príncipe no ha venido á otra cosa.
ROSA. Un príncipe!...
SIMON. Pues qué, se le figura á usted *(Dándose importancia.)* que en mi casa no se alojan personas tan principales?
ROSA. No lo digo por tanto; pero.... ¿no reparó usted en el parador en un jóven que estaba cerca de nosotras, cuando usted le contaba á mamá lo de sus huéspedes, que comian mucho y no pagaban, los infundados celos que su esposa de usted tenia, y...
SIMON. Aquí está el príncipe.
ROSA. Dios mio, es Manuel!
SIMON. (Calla! Conque era él.... ya me lo habia yo figurado.) Señor...
MANUEL. Y tu mamá?
ROSA. En su cuarto.
MANUEL. Ya he visto salir á tu amante.
ROSA. Has visto qué dige?
MANUEL. Ya, ya.
ROSA. Cuándo has llegado?
MANUEL. Esta mañana, en el correo. Tu carta me lo esplicó todo, y ya ves si he venido á cumplirte mi palabra.

ROSA. Mira que temo que mamá te escuche.

MANUEL. No hay cuidado. Don Simon, guarde usted esa puerta, y que nadie salga mientras yo hablo con esta señorita.

SIMON. *(Cerrando la puerta del gabinete de doña Quiteria.)* Muy bien, señor, yo estaré de centinela.

ROSA. Dime: y por qué ese hombre te cree un príncipe?

MANUEL. Porque le he dado dinero.

ROSA. Y al fin te hospedaste?...

MANUEL. En la habitacion que está junto á la tuya. Necesito observar para formar mi plan de batalla. Secundarás tú mis esfuerzos?

ROSA. Qué no haré yo por llamarme tu esposa?

MANUEL. Ah! Me harás enloquecer de alegría, y te juro que muy pronto tendrá cumplimiento esa palabra.

ROSA. Y yo te juro que á no ser tuya, me enterrarán con palma y corona.

ESCENA XIV.

Dichos.—DOÑA QUITERIA *en el gabinete.*

QUITER. Abrid! Quién ha cerrado esta puerta? *(Golpeándola.)*

ROSA. Ay! mamá.

SIMON. Abro, señor excelentísimo?

MANUEL. Aguarde usted un poco. *(A Rosa.)* Conque ya sabes: avísame de todo lo que ocurra, que yo prepararé mi plan entre tanto.

QUITER. Pues, señor, el chasco está bueno! Rosa! Manuela!

MANUEL. Conque adios, alma mia: hasta luego.

ROSA. Mira no te vea.

MANUEL. No hay miedo que me conozca.

QUITER. Rosita!

MANUEL. *(A don Simon dirigiéndose á su cuarto.)* Abra usted ya cuando guste.

ESCENA XV.

DON SIMON.—ROSA.—DOÑA QUITERIA.

SIMON. *(Abriendo.)* Qué es eso? Llamaba usted, señora?
QUITER. Pues no he de llamar? Quién estaba aquí hablando?
SIMON. Alguno de los huéspedes. El músico, sin duda, que estaria estudiando sus lamentaciones.
QUITER. Ya estoy retentada de la jaqueca. No me oias tú, niña?
ROSA. Yo... estaba con Manuela por allá dentro.
QUITER. Cuidado como te separas de mí ni un instante. *(Rumor fuera.)* Pero qué ruido es ese?
SIMON. Mis huéspedes, señora. Ya es hora de comer y acuden que es un contento.

ESCENA XVI.

Dichos.—DON CRISANTO.—DON AMBROSIO.—DON ANGEL. VARIOS HUÉSPEDES.

SIMON. Calla: pues hoy se ha aumentado la clientela. Tambien tenemos convidados. Gracias á Dios que hoy podré llenarles el estómago.
AMBROS. Ya son las tres, señor don Simon.
ANGEL. Ya son las tres.
CRISANT. Y venimos á comer.
SIMON. Eh! poco á poco, señores: menos bulla.
QUITER. Qué caras tienen!
ROSA. Parece que están desmayados.
LOS TRES. Ya son las tres y...
AMBROS. Mire que venimos muertos de hambre.
ANGEL. Yo no he almorzado.
CRISANT. Ni yo.
ANGEL. Ni yo.
SIMON. Tengan ustedes un poco de paciencia.
LOS TRES. *(Gritando.)* Don Simon!!
SIMON. Silencio! (Habráse visto canalla como esta?)

LOS TRES. Ya son las tres...
SIMON. *(Asomándose por la puerta del fondo.)* Juana! Juana! pon la mesa para los niños.
QUITER. Jesús, qué gente! *(Se oye dentro una campanilla.)*
TODOS. La campana!
SIMON. Silencio!
CRISANT. Vamos al refectorio.
(Se dirigen al foro atropelladamente.)
QUITER. *(Aparte.)* Vamos á descansar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ.—DON SIMON, *y varios toreros en trage de plaza, con vasos y botellas.*

SIMON. Hola, caballeros, se está de broma!

JOSÉ. Hola, don Simon.

SIMON. Qué vida tan alegre!

JOSÉ. Pues qué, hemos de ser toos como usté, que tiene siempre la cara como corrigidor en audiencia? No señó: nosotros hemos venío ar mundo pa divertirnos, pa bailar, pa cantar, pa matar toros, esocupar botellas y enamorar muchachas. No es así camaraiyas?

VARIOS. Chipé.

SIMON. Vamos, y qué tal ha sido la corrida?

JOSÉ. Asombrosa.

SIMON. Y no ha habido ninguna desgracia?

JOSÉ. Ninguna, gracias á Dios.

SIMON. Vaya, pues entonces es muy justo que se celebre. Y durará todavía mucho la broma?

JOSÉ. Ya se ha acabado con esta botella. Este es el último vaso, y quieo yo que usté se lo beba á la salú de la gente é Sevilla.

SIMON. Pero, hombre, si yo no bebo.

JOSÉ. Así está usté siempre con ese gesto de probaor de vinagre: beba usté vino, y entrará usté en la gloria.

SIMON. Vaya por la salud de ustedes. *(Bebiendo.)*
TODOS. Que viva don Simon!
JOSÉ. Ea, muchachos, vamos á esnuarnos, y después caa mochuelo á su olivo. *(Vánse todos, menos don Simon y José.)*

ESCENA II.

DON MANUEL.—JOSÉ.—DON SIMON.

MANUEL. Calla! pues si está aquí Pepillo! Qué haces tú por aquí, muchacho?
JOSÉ. Pairino! usté po estas tierras?
SIMON. Conque ustedes se conocian?
JOSÉ. Pues no habia é conocer yo á mi pairino, si su mersé fué el empeño con er mataor pa que yo saliera á la plaza? A onde vive usté?
MANUEL. Aquí, para algunos; para otros, en casa de mi tio. Don Simon, observe usted si viene alguien. *(Váse don Simon por el foro.)*
JOSÉ. Pero aquí!... Esta no es casa para usté, señó!
MANUEL. Y por qué no?
JOSÉ. Porque aquí hay siempre una abundancia de escasés muy grande. Miste, quié usté que le diga la gente que hay en esta casa? Pue se lo voy á usté á isir: un frailuco que se jama toos los dias tres rasiones é breviario; un músico que no jase mas que lamentaciones; un empleao cesante que no se puede cargar la bocata; otros dos ó tres que se santiguan toas las mañanas el estógamo, y nosotros, que vamos á buscar fuera el jamipeo, y no tenemos aquí mas que el nio.
MANUEL. Mientras yo esté aquí, habrá para todos.
JOSÉ. Eso bien lo sé yo; que aonde quiera que esté mi pairino, andará la luz de sobra. Pero á qué ha sío ahora la venia?
MANUEL. Me escribió mi tio, que estaba próximo á entrar en la combinacion de un ministerio...
JOSÉ. Me atrevo á apostar á que hay otro motivo.
MANUEL No lo niego: tambien me han impulsado ciertos amores...

JOSÉ. Siempre lo dije yo, que habria arguna chiquiya é por medio. Se pué saber quién es, aonde pára, y si pueo yo servirle á usté de argo? Ya sabe usté que estoy pronto á jaser tóo lo que usté me mande.

MANUEL. Lo sé, y acaso mas adelante utilice tus servicios.

JOSÉ. Conque, vamos, quién es?

MANUEL. Rosita.

JOSÉ. La señorita Rosa? Conque toavía dura eso? Y su mamá, sigue con la misma manía de jablar pa que naide la entienda?

MANUEL. Siempre lo mismo, y ahora mas exagerada que nunca.

JOSÉ. Y están aquí?

MANUEL. Paran en esta casa.

JOSÉ. Vamos, ahora comprendo. Y á qué han venio á Madrid?

MANUEL. Doña Quiteria quiere casar á Rosa con el sobrino de un ministro, que, segun noticias, dejará de serlo muy pronto.

JOSÉ. Un chavó mu armionao que salió de aquí esta mañana?

MANUEL. El mismo.

JOSÉ. Pero ella...

MANUEL. Ella está firme como una roca.

JOSÉ. Pues entonces no tenga usté cudiao. Y Manoliya, pairino, se ha queao po aquellas tierras?

MANUEL. No, que ha venido con sus amas.

JOSÉ. Várgame Dios! Conque no farta naide pa que la cosa sea completa? Sabe usté lo que pienso, pairino? que de aquí vamos á salir los dos romandiñaos.

MANUEL. El último disgusto que he dado á mi madre ha sido el dejarla sola en Sevilla; pero enmendaré mi falta llevándole una hija mas para que la acompañe, y Rosa y yo jamás nos separaremos ya de ella. Mi tio lo quiere, y por esta vez le daré gusto y me dejaré de calaveradas.

JOSÉ. Y qué piensa usté jaser pa que doña Quiteria no se oponga?

MANUEL. Buscar un recurso para que ella misma despida al novio y se vuelva á Sevilla.

JOSÉ. Cuente usté conmigo. Ya sabe usté que no soy mu torpe pa manejar ciertos belenes. Voy á esnuarme y vuelvo corriendo.

MANUEL. Mira, esa es mi habitacion y en ella te aguardo. *(Váse José.)*

ESCENA III.

DON MANUEL.—DON SIMON.

SIMON. Ahí vienen ya las señoras.

MANUEL. Solas?

SIMON. Con el caballero que las acompañaba esta mañana... y mis huéspedes tambien con ellas.

MANUEL. Pues cuidado con decir á nadie que estoy en mi cuarto.

SIMON. Descuide usted. Y cuándo vuelva el torero?

MANUEL. Que entre.

SIMON. Dése usted prisa, que ya suben las escaleras. *(Suena una campanilla. Don Simon abre y vuelve á la escena.)*

MANUEL. Desde aquí escucharé todo lo que hablen. *(Dirigiéndose á su cuarto.)*

ESCENA IV.

DON SIMON.—DOÑA QUITERIA.—ROSA.—DON AMBROSIO.—DON ANGEL.—DON CRÍSPULO.—DON CRISANTO.

QUITER. Qué calor hace en este Madrid! Don Simon, y mi doméstica? Que me traiga un vaso de agua para refrigerarme.
(Don Simon hace que va á avisar y luego entra Manuela con un vaso de agua, retirándose con él despues que doña Quiteria ha bebido.)

ANGEL. Han ido ustedes á los toros?

ROSA. Sí, señor.

ANGEL. Yo no he podido ir hoy, por muchos motivos.

AMBROS. No los diga usted. A mí me ha pasado otro tanto.

CRISANT. Y qué les va pareciendo á ustedes la córte?

QUITER. Excelente.

ROSA. Hay cosas admirables.

CRISANT. Sobre todo, en las plazuelas. Qué abundancia de todo! cuántas perdices, cuántos conejos, cuántos pichones; qué cuartos de ternera aquellos, tan limpios y tan bien preparados! Pues dónde me deja usted las fondas! qué aparadores tan magníficos! Allí están los jamones metiéndose por los ojos, las chuletas á la papillot, que están diciendo »comedme»; los salmones y las merluzas, tan frescas como si salieran del agua.

AMBROS. Pero hombre, no hable usted aquí de esas cosas.

ANGEL. Solo de oirlas puede dar una indigestion.

CRISANT. Pues y los pastelillos? dónde me deja usted los pastelillos? de crema, de cidra, de...

AMBROS. Señor don Crisantos!

ANGEL. Por los clavos de Cristo!

CRÍSP. Conque le gustan á usted los pastelillos, eh?

CRISANT. Tal cual.

CRÍSP. Precisamente he mandado traer algunos para obsequiar á estas señoras...

CRISANT. Hombre!

AMBROS. Qué idea!

ANGEL. Ocurrencia admirable!

CRÍSP. Y si ustedes gustan acompañarnos...

CRISANT. Porque usted no diga...

AMBROS. Por no desairarle...

ANGEL. Por ser de usted el obsequio...

CRISANT. Tomaré alguno.

AMBROS. Y yo.

ANGEL. Y yo.

SIMON. (Eche usted pastelillos!)

QUITER. Y S. E., su señor tio de usted, señor don Críspulo, sabe ya que hemos llegado á la córte? (*José atraviesa la escena y entra de puntillas en el cuarto de don Manuel.*)

CRÍSP. Si, señora, y me ha ofrecido venir á visitar á usted esta noche para concertar la boda.

AMBROS. Conque viene el señor ministro! (No me separaré yo de aquí hasta que le hable.)

CRISANT. (Buena ocasion para recordarle mis atrasos.)

ANGEL. (Si quisiera admitir la dedicatoria de mis lamentaciones...)
(Se oye una campanilla. Don Simon vá á abrir la puerta y vuelve con un mozo que trae una bandeja llena de pastelillos.)

SIMON. Allá van.

QUITER. (Si será el señor ministro!)

CRISANT. (Si serán los pasteles!)

AMBROS. (No puede ser cosa mala.)

SIMON. *(Aproximando la bandeja. El mozo espera en la puerta del fondo.)* Los pastelillos.

ANGEL. Y qué hermosos son!

AMBROS. Tienen muy buena cara.

CRISANT. Qué rico olor despiden!

CRÍSP. Vamos, mamá. Rosita...

QUITER. En pasando un poco: ofrezca usted á esos señores.

ROSA. Yo no tengo gana de pasteles.

CRISANT. Y dice que no tiene gana!

SIMON. *(Acercando á sus huéspedes la bandeja, que al fin dejan limpia.)* Vamos, que de estos cocos, pocos.

AMBROS. *(Tomando uno en cada mano y comiendo de ellos alternativamente.)* La pastaflora y la crema hacen una junta admirable.

ANGEL. *(Comiendo muy deprisa.)* El hacer estos pastelillos debe ser cosa de tres bemoles.

CRISANT. *(Cogiendo dos y guardando otros tantos en el bolsillo.)* Bendito sea el Señor, y cuánto se ha adelantado en pastelería! No toma usted, señor don Críspulo?

SIMON. ¡Pero tengan ustedes la bandeja, que yo tambien quiero probarlos. *(Viendo que nadie la toma, la pone sobre una silla y coge un pastel.)*

CRISANT. Señor don Simon, mire usted que son muy indigestos.

SIMON. *(A don Críspulo.)* Caballero, si ha de tomar usted alguno... la cosa vá de apure.

CRÍSP. Que traigan otros tantos.

SIMON. Para qué, señor?..

CRISANT. *(Tapando á don Simon la boca con un pedazo de pastelillo.)* Pruebe usted de este.

SIMON. Que me ahogo!

AMBROS. (*Al mozo.*) No oye usted que ha mandado el señor traer otros tantos? (*Entra el mozo por la bandeja, que ya estará vacía, y sale con ella.*)

ROSA. Qué manera de atracarse! Parece que no han comido en una semana.

QUITER. En la córte habrá mucho gasto de pasteles?

CRISANT. Mucho. Hay quien se come dos docenas.

ROSA. (Qué bestialidad!)

CRISANT. Yo no soy muy aficionado.

AMBROS. Ni yo.

ANGEL. Ni yo.

ROSA. Se conoce.

CRISANT. Estos, sin embargo, están tan bien hechos...

AMBROS. Tan tiernos...

ANGEL. Tan esquisitos...

CRISANT. Que se comen solos. (*Don Simon habla por lo bajo algunas palabras con don Críspulo, y este hace señal de asentimiento.*)

SIMON. Bien, bien; yo me encargaré de ello.

CRISANT. (*A doña Quiteria.*) Toma usted rapé?

QUITER. No señor.

CRISANT. Qué lástima! Don Simon, deme usted un polvo.

SIMON. (*Dándoselo.*) Vaya, don Crisanto, una mano por el cielo, otra por el suelo, y la boca abierta para que no se escape nada.

CRISANT. Al fin Dios lo paga todo. Y usted gasta un polvo que incita las narices. (*Vuelven á llamar.*)

AMBROS. (*Con alegría.*) Que llaman.

ANGEL. Don Simon...

SIMON. Ya lo oigo.

CRISANT. Ahí están! Bendito sea Dios! (*Se dirigen los tres á la puerta. Don Simon toma la bandeja de manos del mozo, sin dejar que ninguno de ellos se acerque.*)

SIMON. Aquí están ya los otros.

CRISANT. A ver?

AMBROS. A ver?

ANGEL. A ver?

SIMON. Os! (Qué moscones tan impertinentes!)

AMBROS. Don Simon!

ANGEL. Mire usted, don Simon.

CRISANT. Atienda usted, señor don Simon.

SIMON. (*Huyendo de los tres que le persiguen.*) Ni oigo,

ni veo, ni entiendo. Señoras, cuando ustedes los quieran, allá dentro están los pasteles. *(Vase.) (Doña Quiteria, Rosa y don Críspulo sueltan la carcajada.)*

LOS TRES. Pues está bueno el chasco!

CRISANT. Vamos tras de él, no haga el diablo que se coma todos los pasteles. *(Vanse.)*

CRÍSP. Y yo voy á ver en qué consiste la tardanza de mi tio. *(Vase.)*

ESCENA V.

DOÑA QUITERIA.—ROSA.

QUITER. Niña, es necesario que vayas á mudarte de vestido, porque ese no es trage para recibir á su excelencia.

ROSA. Bien estoy así, mamá; que un ministro no repara en pelillos.

QUITER. Nada: es necesario, porque yo tambien voy á mudarme.

ROSA. Jesús! mamá, qué amiga es usted de ceremonias.

QUITER. Niña! Mira que estamos en la córte! Se te figura á tí que aquí no hay mas que presentarse de cualquier manera? Yo tengo un aderezo que fué de tu visabuela la condesa del Molino, y de una en otra generacion ha venido hasta nosotras. Fué precisamente el que sirvió para asistir á las fiestas nupciales de Cárlos III, adorno verdaderamente de córte, y con él quiero deslumbrar al ministro, para que vea que tambien en las provincias usamos galas.

ROSA. Pero, mamá, se van á reir de usted. Quién se pone en el dia una cosa tan antigua?

QUITER. Calla, tonta: qué sabes tú de achaques de córte?

ROSA. (Mejor, con eso podrá haber otro motivo de desavenencia.)

QUITER. Conque vamos?

ROSA. Cuando usted guste; pero á mí me ha de dejar usted vestir á mi antojo.

QUITER. Haz lo que quieras.
ROSA. (Se ha empeñado... Buena estará con su prendido de Cárlos III!) *(Vánse por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VI.

DON MANUEL.—JOSÉ.—*Luego* DON SIMON.

JOSÉ. *(Asomándose.)* Pairinito: ya se fueron.
MANUEL. *(Saliendo.)* Es verdad.
JOSÉ. Manos á la obra. Aquí cerca tengo yo un prendero conocido y nos lo prestará todo.
MANUEL. Y las mujeres?
JOSÉ. Toma! eso es lo que sobra. Yo traeré aunque sea una ocena y toas bien ensayás, pa que no se equivoquen en sus papeles. Vamos?
MANUEL. Llama antes á don Simon.
JOSÉ. *(Viéndole entrar.)* Aquí lo tiene usted.
SIMON. Me necesita S. E. para algo?
MANUEL. Nada de tratamiento. Si viene alguien en busca de doña Quiteria, dice usted que no están en casa. Cuidado que no se separe usted de la puerta.
SIMON. Y no dejo entrar á nadie absolutamente?
MANUEL. Solo á dos caballeros, que vendrán muy pronto y le darán á usted una contraseña.
SIMON. Cuál?
MANUEL. Una onza de oro.
SIMON. Con ella dejaria yo entrar al moro Tarfe en persona.
MANUEL. Conque, estamos conformes?
SIMON. Pierda usted cuidado, que no entrará nadie sin la consigna. *(Vánse José y Manuel.)*

ESCENA VII.

DON SIMON.—*Despues* DOÑA JUANA.

SIMON. Pues, señor, no es mal precio por entrar en mi casa. Si tuviéramos muchas visitas con la misma targeta...

JUANA. Simon. No has ido todavía por la cena de esas señoras?

SIMON. No.

JUANA. Vamos, pelmazo: ponte la capa y corre á la plazuela.

SIMON. No.

JUANA. Que no vas?

SIMON. Te digo que no, y no, y no!

JUANA. Se quedarán sin cenar.

SIMON. Que se queden.

JUANA. Pero á qué viene ahora esa manía?

SIMON. Estoy de portero.

JUANA. Pues bien: yo me quedaré para abrir á quien venga.

SIMON. Al instante!

JUANA. Pero qué diablos tienes? Parece que estás loco.

SIMON. Esta noche, el que quiera entrar ha de darme una onza. Si no, no hay nadie en casa.

JUANA. Dios mio! se le ha vuelto el juicio.

SIMON. Calla, tonta! Ya verás si hay quien la dé porque le abran la puerta.

JUANA. Nada: lo que digo, está loco.

SIMON. Vente allí conmigo, y tú misma podrás convencerte.

JUANA. Pero escucha...

SIMON. Silencio. Voy á atender á mi obligacion. *(Váse.)*

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA.

Pobre marido mio! Nada, está loco. Quién me lo habia de decir!... Pero, Simon! Dios mio, dónde vá ese hombre? No hay quien me ampare! No hay quien me favorezca! Simon, Simon!

ESCENA IX.

DOÑA JUANA.—DON CRISANTO.—DON AMBROSIO.—DON ANGEL.

CRISANT. Qué es eso, doña Juana? Qué es eso.
AMBROS. Qué sucede?
ANGEL. Qué pasa?
JUANA. Que mi marido se ha vuelto loco. No sé quién diablos le ha dado dinero por no sé qué cosa, y con él se le ha trastornado el juicio.
CRISANT. Yo no lo quisiera tener tan completo.
AMBROS. Ni yo.
ANGEL. Ni yo.
JUANA. Se ha empeñado en que tiene príncipes en su casa, y esta noche, para colmo de desventuras, se ha colocado en la puerta y dice que no dejará entrar á nadie, que no le dé una onza de oro.
CRISANT. Cáscaras! gracias que á nosotros nos ha pillado dentro.
JUANA. Tenia que ir por la cena á la plazuela y no hay quien le haga salir de casa.
LOS TRES. Eso es lo peor.
CRISANT. Vamos á ver si podemos convencerlo. (*Vánse.*)

ESCENA X.

DOÑA QUITERIA.—ROSA.

QUITER. Ves tú cómo así estoy mejor aderezada?
ROSA. Lo que dirá ese señor es que... que tiene usted una facha muy estrambótica.
QUITER. Muy... qué?
ROSA. Muy estrambótica.
QUITER. Te lo perdono por la palabra.
ROSA. Ya verá usted cómo se rie.
QUITER. Calla. Qué sabes tú de achaques de córte? Lo único que siento es tener que recibir á un señor tan principal en una habitacion donde hay ca-

mas por medio; pero bien podrá hacerse cargo S. E. de que una no está en su casa; y en las de huéspedes hay que tomar las cosas segun se encuentran. (*Ruido fuera.*) Calla: ya debe estar ahí, porque se siente ruido en la puerta.

SIMON. (*Fuera.*) Su excelencia el señor ministro.

QUITER. Niña: cuidado con la cortesía.

ESCENA XI.

DON MANUEL.--JOSÉ, *disfrazados.*—DOÑA QUITERIA.—ROSA.

MANUEL. La señora doña Quiteria Sietefuentes?

QUITER. Muy servidora de V. E.

MANUEL. De usted, señora, de usted. Nada de tratamientos.

QUITER. (Qué llano es! Sí serán así todos los ministros?)

ROSA. (Qué par de fachas!)

MANUEL. Tengo el honor de saludar á ustedes y presentarles á mi amigo el señor embajador de S. M. Mogólica.

QUITER. Muy señor nuestro.

JOSÉ. Chachipé.

MANUEL. No estrañe usted su lenguaje. Ha estado mucho tiempo en Andalucía. (Va á echarlo á perder todo.)

JOSÉ. Y Ostebé los pervara y junós se catanean.

QUITER. Qué dice?

MANUEL. Que le parece usted una señora muy principal y muy hermosa. (Vamos interpretando.)

QUITER. Qué fino es el señor embajador!

MANUEL. Conque esta señorita es la prometida de mi sobrino don Críspulo?

QUITER. Muy servidora de usted.

JOSÉ. Rumí de mistó.

QUITER. Qué dice?

MANUEL. Que mi sobrino no la merece.

QUITER. Un jóven tan fino y educado en la esplendidez y magnificencia de la córte, lo merece todo.

MANUEL. Señora: yo, á la verdad, aunque es mi sobrino y le quiero como á un hijo, soy ante todo ca-

ballero leal y honrado, y quiero decir á usted unas faltillas que tiene, para que después no se llame engañada.

QUITER. Diga usted.

MANUEL. En primer lugar es tonto.

ROSA. (Bien se le conoce.)

QUITER. Entonces cómo lo ha colocado usted en un destino de categoría?

MANUEL. Precisamente esa es la razon por que lo he colocado. Si no, para qué necesitaba el destino?

JOSÉ. Perbara curraclos, y te nicabarán los diquelos.

QUITER. Qué dice el señor embajador?

MANUEL. Que eso... se curará con el tiempo.

QUITER. Y en verdad que la esperiencia es madre de la ciencia.

MANUEL. Además le ha cojido el diablo por hacer el amor á cuanta mujer se le pone á tiro, sin reparar en que sea moza ó vieja, fea ó bonita, tuerta, ciega, manca, coja ó jorobada.

QUITER. Ave María purísima!

JOSÉ. En la ché de los chindoqueos, sos que terela yesque sacai, inda oclaye.

QUITER. Cómo?

MANUEL. Dice mi amigo... que... eso se cura tambien con el tiempo y los desengaños.

QUITER. Ya, pero ese es un defecto que ninguna mujer lo lleva en paciencia.

MANUEL. Aquí hay muchas que se me han venido á quejar de haber sido seducidas por mi sobrino, trayendo en sus brazos el fruto de su debilidad é incontinencia; pero como yo no puedo casarlo con todas, y además me interesa, bajo muchos conceptos, que se enlace con esta señorita, las he despedido á todas con cajas destempladas, y han salido jurando vengarse del seductor.

QUITER. Pues para eso no ha sido tonto.

MANUEL. Para ciertas cosas todo el mundo tiene talento.

JOSÉ. Nastial se abilla jililó que no chanele á su qué.

QUITER. No le entiendo ni una palabra.

MANUEL. La lengua del Mogol es muy difícil.

QUITER. Qué ha querido decir ahora?

MANUEL. Que maldito el caballo que ve la yegua y no relincha. (Maldito si yo tampoco lo entiendo.)

QUITER. Ese es un refran castellano.

MANUEL. Tambien en el Mogol se usan.

QUITER. Vamos, y tiene otra falta el sobrinito?

MANUEL. Esas son las que hasta ahora ha manifestado. Pero, como mi amigo dice muy bien, son faltas que se remediarán con el tiempo.

JOSÉ. La rumí que se abiyela ascoi ne terela ñacles pres que sostebé ne se las diñó. A sos que soscaba el bato manjaró, se abiyela pres sarés, pres ñacles, né.

MANUEL. (*Con asombro.*) Dios mio! en eso podia usted dar ahora! Lo dice usted de veras?

JOSÉ. Chachipé.

MANUEL. Señora: fuerza es confesarlo. Mi amigo ha observado en usted tantas perfecciones, que al fin ha cautivado usted su alvedrío, ha aprisionado su corazon y dice que está perdidamente enamorado.

QUITER. (*Con coquetería.*) De veras? Ay!

JOSÉ. Chachipé.

QUITER. Cómo se le ha pegado el acento andaluz!

JOSÉ. Co in sos lloros sospirela, á cabanrrá se sircabela.

QUITER. Qué dice, qué dice?

MANUEL. Que cada vez le parece usted mas hermosa.

QUITER. (*A Rosa.*) No te lo dije, niña? Mira si ha hecho su efecto el adorno de tu bisabuela.

JOSÉ. La rumí se guiya del pesqui.

MANUEL. Dice el señor embajador que si acaba usted de decidirse.

QUITER. No es puñalada de pícaro. Hay cosas que deben reflexionarse mucho, y esa es una de ellas. Y qué religion profesa ese caballero?

MANUEL. La del Dios Bramma.

QUITER. Eso parece cosa de toros.

JOSÉ. Buró, chachipé: chanela lo que á men pesquiva.

QUITER. Qué dice?

MANUEL. Qué ha de decir? Que es su pasion tan grande, que si usted le ama, no tiene dificultad en abjurar de su religion y hacerse católico.

QUITER. Y en qué pocas palabras lo ha dicho!

MANUEL. La lengua del Mogol es muy lacónica.

QUITER. Pues, señor, siendo de ese modo... me miraré en ello... y lo consultaré con la almohada. Y ese caballero vive en Madrid?

MANUEL. Y en esta misma casa.

QUITER. En esta misma! Conque habitamos los dos bajo un mismo techo! Pero un señor embajador en una casa tan...

MANUEL. Señora, los altos dignatarios del Mogol son mas modestos que los que por aquí se usan. Allí no son tan crecidas las contribuciones, ni hay...

QUITER. Quién lo dijera!

JOSÉ. La rumí se charla.

MANUEL. Que si no le dá usted esperanza?

QUITER. Tampoco se la quito.

MANUEL. Y respecto á mi sobrino?

QUITER. Esas faltillas me tienen muy desazonada; pero al fin pudiendo remediarse...

ROSA. (En qué vendrá á parar esto?) (*Manuel habla á José por lo bajo algunas palabras, y este se separa á un lado con doña Quiteria, mientras aquel habla con Rosa en el otro estremo.*)

QUITER. Qué le dirá ahora?

JOSÉ. (*Tomando de la mano á doña Quiteria.*) Menda abiyela en bericatas el garlochí.

QUITER. Si usted no se esplica de otro modo...

ROSA. (*A Manuel.*) Pero á dónde vá á llegar este enredo?

MANUEL. Al término que tú y yo ambicionamos. (*José habla por señas á doña Quiteria como pidiéndola una cita allí mismo, cuando todos se hayan acostado.*)

QUITER. Esas señas, señor embajador, significan mucho; pero si usted me promete no abusar de mi candidez, no tengo inconveniente.

ROSA. Mira que don Críspulo vendrá para acompañarnos al teatro, y si te halla aquí, vá á descubrirse todo.

MANUEL. Pierde cuidado, que tengo á don Simon de centinela para que avise su llegada con una señal convenida.

QUITER. (*A José que no deja de esplicarle su amor de una manera mímica.*) Lo comprendo á usted,

caballero. El mudo lenguaje del amor es demasiado elocuente.

ROSA. Conque cuándo vá á darse el golpe?

MANUEL. A la salida del teatro.

ROSA. Lo tienes todo prevenido?

MANUEL. Todo.

QUITER. Ay!

JOSÉ. Ay! ¡Malos mengues te tagelen!

ESCENA XII.

Dichos.—DON SIMON *anunciando.*

SIMON. El coche aguarda á SS. EE.

MANUEL. Señor embajador, ceda á la política la galantería. El coche nos aguarda.

QUITER. Tan pronto?

MANUEL. El interés de la patria lo exige. (*Manuel dá la mano á Rosa y José á doña Quiteria. Saludan y se van.*)

QUITER. (*A Rosa.*) Hija de mi alma, al fin no vas tú á ser sola. Tambien la suerte guarda á tu mamá las dulzuras de un nuevo matrimonio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DON SIMON.—DON CRISANTO.—DON ANGEL.—DON AMBROSIO.

SIMON. Pues señor, ello es preciso que se arreglen ustedes del mejor modo posible.

AMBROS. Y qué diablo de arreglo puede haber en este negocio? Nosotros somos tres y no hay mas que dos camas.

ANGEL. Será preciso un ária y un duo.

SIMON. Yo no sé lo que será preciso. Lo que sé es que no tengo mas que esas dos camas.

CRISANT. Ya nos arreglaremos.

AMBROS. Esto no se ha visto en ninguna parte, don Simon; esto es una picardía.

SIMON. Mire usted, señor don Ambrosio, el que quiera cama que la traiga, y el que no, que duerma en el suelo.

CRISANT. Y tiene razon.

SIMON. Mas valia que pensaran ustedes en pagarme.

AMBROS. Don Simon!

ANGEL. Mire usted, don Simon...

CRISANT. Ya sabe usted, señor don Simon...

SIMON. Ea, déjenme ustedes en paz; lo dicho, dicho.

AMBROS. Con que...

ANGEL. Pero...

CRISANT. Vaya un conflicto!

SIMON. Y el que no lo quiera así, por la puerta se vá ..

AMBROS. Lo entiendo.
ANGEL. Ya, ya.
CRISANT. No queda duda.
AMBROS. Yo no me voy.
ANGEL. Ni yo.
CRISANT. Ni yo.
SIMON. Conque, buenas noches, y allá se las avengan ustedes. (*Váse.*)

ESCENA II.

Dichos, menos DON SIMON.

CRISANT. Aquí nos arreglaremos del mejor modo posible. *(Principiando á desnudarse.)*
AMBROS. Sí, lo mejor será arreglarnos. *(Idem.)*
ANGEL. Una noche como quiera se pasa. *(Idem.)*
AMBROS. Don Crisanto, yo le cedo á usted esa cama. *(Apoderándose de una de las camas.)*
ANGEL. Don Crisanto, yo con esta tengo bastante: soy generoso y le cedo á usted la otra. *(Apoderándose de la otra.)*
CRISANT. Muchas gracias. A pesar de las cesiones, veo que me dejan ustedes sin ninguna.
AMBROS. Ahí le queda á usted esa.
ANGEL. Con esa no tiene usted bastante?
CRISANT. Vamos, señores, basta de burlas. En qué cama me acuesto?
AMBROS. En esa. *(Acostándose á medio desnudar.)*
ANGEL. En esa. *(Idem.)*
CRISANT. Pues cuenta que nos han de oir los sordos. Caballero, *(A don Ambrosio.)* esa cama es la mia.
AMBROS. Hé?
CRISANT. Que esa cama es la mia.
AMBROS. Déjeme usted dormir.
CRISANT. Está buena! Oiga usted, amiguito: *(A don Angel.)* vaya usted con la música á otra parte, que esa cama me pertenece.
ANGEL. Pero hombre, una mala noche como quiera se pasa.

CRISANT. Eso es lo que yo digo.
ANGEL. Ahí tiene usted la de doña Quiteria. Ocúpela usted hasta que ella vuelva del teatro.
CRISANT. Tome usted para sí ese consejo.
ANGEL. Yo no lo necesito.
CRISANT. Ni yo.
ANGEL. Me alegro.
CRISANT. Conque no se levanta usted?
ANGEL. Otra?
CRISANT. Señor don Ambrosio, *(Dirigiéndose á la otra cama.)* ya esto pasa de castaño oscuro.
AMBROS. Apague usted la luz y quedará negro.
CRISANT. Conque es decir que no me acuesto yo esta noche?
AMBROS. Quién lo quita?
CRISANT. Pero, dónde diablos quiere usted que me acueste?
AMBROS. En la otra, hombre, en la otra. *(Incómodo.)*
CRISANT. Si la otra la tiene don Angel.
AMBROS. Pues esta la tengo yo, y en paz. Acuéstese usted en el suelo.
CRISANT. Si no fuera mirando á Dios...
AMBROS. Coja usted un libro.
CRISANT. Me duelen los ojos.
AMBROS. Busque usted un rosario. Quiere usted el mio?
CRISANT. No señor, no quiero rezar, no quiero leer, quiero dormir.
AMBROS. Y quién le quita á usted el sueño?
CRISANT. Ustedes, que no tienen consideracion ni progimidad, ni... vergüenza.
LOS DOS. *(Incorporándose.)* Don Crisanto!
CRISANT. Sí, señor, porque eso es valerse de la fuerza bruta, de la ley del mas fuerte, para apoderarse de lo que por derecho me corresponde.
AMBROS. Qué derecho ni qué calabaza!
CRISANT. Soy el huésped mas antiguo.
ANGEL. Y qué?
CRISANT. Que se me debe la preferencia.
AMBROS. Por eso debe usted quedarse sin cama, porque la ha disfrutado mas tiempo que nosotros.
CRISANT. Mañana mismo voy á buscar otro hospedaje.
AMBROS. Mire usted qué pedrada!
ANGEL. Como aquel que dijo: un enemigo menos...

CRISANT. Si ustedes tuvieran prudencia, á lo menos alternariamos.

AMBROS. Por la mañana entrará usted de turno. Y basta ya de conversacion, que tengo sueño.

CRISANT. Conque es decir que...

AMBROS. Buenas noches.

ANGEL. Hasta mañana. (*Le vuelven la espalda.*)

CRISANT. (No: pues no han de dormir.) (*Alto.*) Don Ambrosio... eh! don Ambrosio!

AMBROS. A la otra puerta.

CAISANT. Don Angel! don Angel!

ANGEL. Ya baja.

CRISANT. No han leido ustedes los periódicos? Dicen que cae el ministerio, á consecuencia de haber entrado ochenta mil rusos por la Puerta Otomana, sin que los Dardanelos hayan dicho esta boca es mia. Nada: ni aun por esas. Don Angel, don Ambrosio! Parece que están muertos. (*Toma una silla y se sienta en medio de la escena.*) Pues, señor, buena noche me aguarda! Sea usted condescendiente: guarde usted consideraciones. Si no fuera porque mi estado no lo permite, habia de armar una que fuera sonada. Voy á tomar un polvo. (*Saca la caja.*) Desgraciado de mí! Si hasta la caja tengo vacía. (*Levantándose y dando grandes voces.*) Pero, señor, es posible que mientras todos duermen yo solo esté velando? ¿Es posible que...

AMBROS. (*Incorporándose.*) Con mil demonios, señor don Crisanto!

ANGEL. Hombre, calle usted por Dios. En pasando dos horas le dejaré á usted mi cama.

CRISANT. Convenido. Ahora acaban de dar las once. Ya sabe usted que á la una en punto...

ANGEL. Sí, pero mientras ha de estar usted callado.

CRISANT. Conforme. Siquiera podré luego dormir hasta por la mañana. Eh, buenas noches; voy á sentarme aquí en este rinconcito, y no chistaré siquiera. (*Coloca la silla en un lado.*) Apago la luz?

AMBROS. Apáguela usted, para nada la necesitamos.

CRISANT. (*Apagando la luz.*) Ea: santas y buenas noches nos dé Dios.

LOS DOS. Buenas noches.

CRISANT. (*Sentándose.*) Haré por no dormirme; porque si no, no voy á oir la una. (*Bostezando.*) Aaaa... qué diablo de cena nos han dado esta noche! Yo me he quedado con la misma gana. Si me hubieran dejado siquiera los pastelillos.... pero nada: el caribe de don Simon salió con ellos... bueno se habrá puesto el buche! (*Don Angel y don Ambrosio roncan.*) Qué pronto han pillado el sueño! Cáspita! hay hombres que lo tienen á prueba de trampas y de hambre! Qué felicidad! (*Vuelve á bostezar.*) Aaaa.... Qué hora será? Estos relojes van tan despacio... no sé qué hacerme de aquí á la una. Vacía la caja, vacío el estómago... Oh! el dia que me paguen mis atrasos me voy á una fonda, y hasta que me lo tiente con el dedo. Se oye ruido: ¿quién será? Como está tan oscuro...

ESCENA III.

Dichos.—MANUELA.—JOSÉ.

MAN.ª (*Entrando por el foro.*) Qué oscuro está esto! Ya parece que se han dormido.

CRISANT. Es una mujer. Qué traerá aquí á estas horas?

MAN.ª (*Acercándose á la puerta primera de la izquierda.*) Pepe... Pepe...

JOSÉ. Han venio ya?

MAN.ª Todavía no.

JOSÉ. Mardito treato, qué tarde se acaba!

MAN.ª Y el señorito?

JOSÉ. Se ha queao ensayando á las mujeres.

MAN.ª Qué mujeres?

JOSÉ. Las que han de venir luego á peirle á don Crepúsculo el honor que no les ha quitao.

MAN.ª No te entiendo.

JOSÉ. Belenes, mujer, belenes. Luego lo verás, que vá á ser un rato de mistó.

MAN.ª Oye, y qué vestido era ese tan raro que traias puesto?

JOSÉ. El mismo que tengo, y por eso no he salio á que me vean. El señorito me á jecho na menos

que embajaor de un gorpe. Soy yo no sé de qué tierra, aonde se brama. Tengo que jablar de manera que no me entienda tu ama, de quien parezco enamorao, y le suelto unas touás en caló, que es lo que tiene que ver. El señorito ha jecho de menistro, y asin ha queao la cosa jasta esta noche. Y entre parientes, Manolilla, sabes que tengo jambre?

CRISANT. Ya tengo compañero.

MAN.ª Si no es mas que eso, yo voy á quitártela ahora mismo antes que vengan las señoras. Apuradillamente hay esta noche una cena que dá la hora. Todo ha venido de la fonda inmediata, porque esta noche cena aquí el novio. ¿Qué quieres?

JOSÉ. Lo que tú me traigas, morena.

MAN.ª ¿Tienes bastante con una perdiz, una rosca, y una botella de vino?

JOSÉ. Bendita sea tu boca.

CRISANT. ¡Ay quién la pillara!

MAN.ª ¿Qué es eso? aquí anda gente.

JOSÉ. Son los que están ahí durmiendo.

MAN.ª Pues mira: yo no puedo detenerme mucho. Te lo pondré todo aquí en esta silla, y volveré luego por los platos.

JOSÉ. Escucha.

MAN.ª ¿Qué quieres?

JOSÉ. Darte las gracias siquiera con un beso.

MAN.ª Todavía no es tiempo. Cuando volvamos á Sevilla.

JOSÉ. Pero mujer, siquiera en la mano.

MAN.ª A tanto porfiar... Bien: cuando te traiga la cena. *(Váse por el foro.)*

ESCENA IV.

DON CRISANTO.—JOSÉ.

JOSÉ. Esta muchacha vale un imperio. ¡Qué lista!

CRISANT. Si yo pudiera... qué ocasion tan oportuna.

JOSÉ. Mientras vuelve Manuela, voy á prepararlo toopá cuando llegue mi pairino. *(Entra en su cuarto.)*

ESCENA V.

DON CRISANTO.—*Luego* MANUELA.

CRISANT. Dios mio, iluminadme. *(Dirigiéndose á la mesa sobre la cual habrá una botella.)* Dicen que robar para comer no es pecado, y como yo pueda... La botella está aqui... Aquí está la silla... Valor, Dios mio, valor. Esta noche voy á sacar la tripa de mal año. Quiera el cielo que no me pillen in fraganti, que despues, como estamos tres en la sala, quién sabe al que se echará la culpa.

MAN.ª *(Con una bandeja.)* Aquí está.

CRISANT. (*Muy bajo.*) Chist... *(Dirigiéndose á ella é imponiéndole silencio.)*

MAN.ª Toma, moreno. ¿Y aquello?... *(D. Crisanto toma la bandeja.)*

CRISANT. Por la salud todo se hace. (*D. Crisanto le dá un beso en la mano.*)

MAN.ª Ea, adios: yo volveré por la bandeja. (*Váse.*)

ESCENA VI.

DON CRISANTO.—*Luego* JOSÉ.

CRISANT. Voy á cambiar primero la botella. *(Lo hace colocando sobre la mesa con mucho tiento la botella del vino, y poniendo en la bandeja la del agua.)* Ahora quito la perdiz. ¡Y qué bien que huele! El pan al bolsillo. Ahora á poner esto allí antes que el otro salga.

JOSÉ. Ya viene (*Muy bajo*). Por aquí, serrana é mis ojos. Aquí estoy.

CRISANT. Chist...

JOSÉ. No tengas cudiao: si están durmiendo.

CRISANT. Chist... *(Pone la bandeja en la silla solo con la botella del agua, siempre retirando el cuerpo.)*

JOSÉ. ¡Ay, Manoliya, me paese mentira! (*Apoderándose de la mano de don Crisanto, que este procura retirar.*)

CRISANT. Chist...
JOSÉ. ¿Me quieres mucho, prinsesa?
CRISANT. Chist...
JOSÉ. Bendesía sea tu mano, serrana de mi corason. (*Besándole la mano.*)
CRISANT. Chist...
JOSÉ. ¿Conque no pue ser mas que en la mano?
CRISANT. ¡Cáspita con el nene! (*Don Crisanto logra desprenderse, y se dirige hácia la puerta.*)
JOSÉ. ¡Qué esquiva se ha vuelto esta muchacha! Pues señor, vamos á jaser penitensia. (*Busca una silla y la coloca junto á la otra donde está la bandeja.*)
CRISANT. Vaya, que no me sigue.
JOSÉ. El consejo é Salomon. Pero... Si aquí no hay mas que una botella. Habrá dío por la perdiz: vamos, por eso se fué tan pronto. (*Sentándose y palpando.*)
CRISANT. (*Sentándose junto á la mesa y comiendo.*) En mi vida he comido cosa mas rica. Ya me alegro de no haberme acostado.
JOSÉ. Pero, hombre, cómo le ha crecío la mano á Manuela. Y luego... Si tomará tabaco? porque tenia un olorcillo...
CRISANT. Qué sabrosa está y qué tierna!
JOSÉ. Pues, señor, mientras viene, echaremos un trago. (*Se empina la botella.*)
CRISANT. Humedecerémos el camino.
JOSÉ. Caracoles! Si esto es agua.
CRISANT. Legítimo de Jerez, á leguas se conoce.
JOSÉ. Si se habrá equivocao Manuela? Como está á oscuras...
CRISANT. Qué bien lo cuida la picarona!
JOSÉ. Cuánto se tarda! La estará calentando.
CRISANT. Hola! Almendritas? No se puede buscar nada mas gustoso.
JOSÉ. Tengo una jambre, que cáa minuto me paese un siglo.
CRISANT. Ahora otro trago. (*Bebiendo.*) Qué á fé que pronto dará la una.
JOSÉ. Y no viene.
CRISANT. De los líquidos, la perdiz es el mas gustoso.
JOSÉ. A que vienen las amas, antes que yo cene?

CRISANT. Ya no me queda mas que este muslo.
JOSÉ. Mardita sea tanta cachasa.
CRISANT. No quieres pasar? Yo te ensancharé el camino. *(Volviendo á beber.)*
JOSÉ. Siempre Manoliya ha sío pesaa pá toas sus cosas.
CRISANT. (*Sacudiéndose las manos.*) Bendito sea el Señor que me lo ha dado, sin merecerlo. Apuremos la botella, que esto no se encuentra todos los dias. (*Bebe.*)
JOSÉ. Mas valía que no me hubiera dicho naa.
CRISANT. Huy! Siento pasos. La moza que vuelve. Ahora será ella! Qué hago? Me vuelvo á mi silla. *(Vuelve á sentarse donde antes estaba.)*

ESCENA VII.

Dichos.—MANUELA.

JOSÉ. Suenan pasos. Gracias á Dios!
MAN.ª Dónde estás?
JOSÉ. Aquí. Traes ya ese avechucho?
MAN.ª Te supo bien, moreno?
JOSÉ. El qué?
MAN.ª Cómo el qué? la perdiz y el vinillo jerezano.
JOSÉ. No andes con bromas, Manuela; tráelo ya y espachemos pronto, que tengo jambre.
MAN.ª Pero te has comido ya eso?
JOSÉ. Qué es eso? si no me has traio mas que el agua?
MAN.ª Qué cosas tienes!
JOSÉ. Lo digo de veras.
MAN.ª No me tomaste tú mismo la bandeja en la puerta?
JOSÉ. Qué puerta, si yo no he pasao de este sitio? Aquí está, aonde tú misma la pusiste.
CRISANT. Santa María, madre de Dios!
MAN.ª Yo?
JOSÉ. Tú.
MAN.ª Tú fuiste el que la tomaste cuando yo entraba: por mas señas que me diste el beso que me tenias ofrecido.
JOSÉ. Es verdá que te lo dí, pero fué aquí mismo.

MAN.ª Si yo no he pasado de aquella puerta!

JOSÉ. Manuela!

MAN.ª Como lo oyes.

JOSÉ. Entonces, á quién le dí yo el beso?

MAN.ª Y quién me lo dió á mí?

JOSÉ. Aquí no hay nadie mas que esa gente que está durmiendo... A ver, ensiende un préfulo, que esto ha de quear mas dergao.

CRISANT. Dios mio! dónde me escondo?

JOSÉ. Espera, que aquí tengo yo mi caja. (*La saca, y mientras enciende el fósforo, don Crisanto se oculta entre la ropa que cae por los piés de la cama.*)

MAN.ª Pepe, mira no demos un escándalo.

JOSÉ. Ahora veremos quién es el que dá los besos, y recibe los besos, y se come las perdices: cierra la puerta.

MAN.ª Pero...

JOSÉ. Ciérrala. (*Manuela lo hace.*)

CRISANT. Kyrie eleison, Kriste eleison.

JOSÉ. Bien decia yo, que aquella mano no era su mano. (*Enciende.*) Ahora lo veremos. (*Buscando por todas partes.*) Naa, los dos: naa mas que los dos. Mira, mira; aquí están los huesos... y la botella... pero vacía... Pues señor, uno de los dos ha sio el de los besos, y es menester que la pague.

MAN.ª Pepe, mira lo que haces!

JOSÉ. Náa: á oscuras cometieron el pecao, y á oscuras llevarán la penitencia.

MAN.ª Qué vas á hacer?

JOSÉ. Ahora lo verás. (*Entra en su cuarto y sale con una vara.*)

MAN.ª Pepe!

JOSÉ. Náa: dos palos por cabesa, no hay quíen se los quite. Que busquen luego quién se los ha dao: Vete.

MAN.ª Pero hombre...

JOSÉ. Te digo que te vayas.

(*Váse Manuela y José apaga el cerillo.*)

CRISANT. Dios los asista.

ESCENA VIII.

José.—Don Crisanto.—Don Ambrosio.—Don Angel.

José. A cuál le doy primero? Lo mismo tiene: ambos han de salir iguales. A una, á dos, á tres. (*Descarga dos palos sobre cada uno de los que duermen y se entra corriendo en su cuarto.*)
Ambros. (*Levantándose.*) Ay!
Angel. (*Idem.*) Ay!
Ambros. Que me matan!
Angel. Que me asesinan!
Crisant. (*Saliendo.*) Qué es eso?
Ambros. Ay! ay!
Angel. Ay!
Lostres. Ladrones! Ladrones!

ESCENA IX.

Dichos.—Don Simon.—Doña Juana.—Manuela, *con luces.*

Simon. Qué es eso, qué es eso?
Angel. Que me han quebrado dos costillas.
Ambros. Que me han roto un brazo y una pierna.
Simon. } Pero quién?
Juana. }
Angel. Yo no lo sé.
Ambros. Ni yo tampoco.
Juana. Y á usted, don Crisanto?
Crisant. (*Que se halla en un estado de embriaguez festiva y ligera.*) A mí? ni esto.
Angel. Don Crisanto ha sido.
Crisant. Tengo yo cara de pegarle á nadie?
Ambros. El es el único que se quedó aquí con nosotros; y voto á tal que si á averiguarlo llego...
Man.ª Y este pícaro sacristan fué el que se bebió el vino, el que se comió la perdiz, y el que dió y recibió unos besos que en la oscuridad se han perdido.

CRISANT. Vamos á cuentas, niña; vamos á cuentas. Lo de la perdiz y esas otras zarandajas, bien puede ser que equivocado... pero de los besos lavo mis manos. El de los besos sin duda fué don Simon que siempre anda á caza de esas aventuras.

SIMON. Don Crisanto!

JUANA. Y no lo dudo yo, grandísimo pícaro. Para eso tienes tú habilidad, y para eso quieres que haya mujeres en casa.

SIMON. Empezamos otra vez con los malditos celos?

CRISANT. Vamos, confiéselo usted. Si eso no tiene nada de particular.

SIMON. Don Crisanto, no sea usted el demonio!

MAN.ª Y no lo estrañaría yo, que mas de tres piropos me ha echado usted en la cocina. Habráse visto viejo mas descarado!

JUANA. Lo estás viendo, Simon? Ahora mismo voy á entablar la demanda de divorcio.

SIMON. Juana!...

JUANA. Es el último dia que estoy contigo. *(Se oye la campanilla con golpes fuertes y repetidos.)*

SIMON. Dejadme salir, que están llamando. Allá van! Allá van! (*Váse con Manuela y doña Juana por el foro.*)

ESCENA X.

DON SIMON.—DOÑA QUITERÍA.—ROSA.—DON CRÍSPULO.—DON AMBROSIO.—DON ANGEL.—DON CRISANTO.

CRISANT. Ahí están ya las señoras.

AMBROS. Dios quiera que venga con ellas el ministro.

CRISANT. El ministro, eh? no es mal ministro.

AMBROS. Don Crisanto usted ha pisado alguna mala yerba.

CRISANT. Yo? ni siquiera lo he probado.

AMBROS. Pues si no puede usted tenerse.

CRISANT. La falta de sueño.

AMBROS. Ya, ya.

QUITER. (*Entrando.*) Muy buenas noches, señores.

LOS TRES. Muy buenas.

QUITER. (*Aparte á don Simon con misterio.*) Ha vuelto ya?

SIMON. Quién?

QUITER. El.

SIMON. Y quién es él?

QUITER. El señor que nadie lo entiende.

SIMON. No sé por quién usted me pregunta.

QUITER. El embajador de S. M. Mogólica.

SIMON. Menos.

QUITER. El que habita en ese cuarto.

SIMON. Ya! El príncipe?

QUITER. Conque es príncipe!

SIMON. Conque es embajador! Ya yo lo decia. Mire usted, y tan jóven...

QUITER. Qué jóven, si tiene una barba blanca que le da á la cintura?

SIMON. Entonces no es el príncipe. El príncipe es jóven y buen mozo.

QUITER. Entonces no es el embajador. Quién habita en este cuarto?

SIMON. El príncipe.

QUITER. Y acostumbra siempre á ser jóven?

SIMON. Buena está la pregunta!

QUITER. Yo bien sé lo que me digo.

SIMON. Usted se entenderá sola.

QUITER. Diga usted, don Simon, y usted le entiende al príncipe lo que habla?

SIMON. Pues no he de entenderlo?

QUITER. Pero usted comprende la lengua del Mogol?

SIMON. Yo el que comprendo es el castellano, que es el lenguaje en que habla el príncipe.

QUITER. Vamos, ó usted está soñando, ó yo sueño, ó soñaba él cuando... (*Se oye la campanilla.*)

SIMON. Quién está ahí? Quién llama? Perdone usted, señora. Allá van. (*Váse y luego vuelve.*)

QUITER. (*A don Crisanto.*) Conoce usted al embajador?

CRISANT. Hola! el de las perdices? Buena maula es el tal nene!

QUITER. Dios mio, este hombre está beodo! Qué casa es esta?

CRISANT. Un infierno, señora, un infierno.

SIMON. (*Entrando.*) Hay aquí algun señor que se llame don Crispulo.

CRÍSP. Yo soy. Qué se ofrece?

SIMON. No es nada lo del ojo! Que ahí tiene usted unas cuantas ex-doncellas, que dicen que usted las ha seducido; que saben que vá usted á casarse, que la novia vive en esta casa, y se han reunido todas las víctimas para evitar un nuevo sacrificio.

CRÍSP. Señores! Este hombre está loco!

QUITER. Bien me lo dijo su tio!

SIMON. Loco, ó no loco, ahora voy á dejarlas entrar y usted se entenderá con ellas. (*Vase y luego vuelve.*)

CRÍSP. (*A doña Quiteria.*) Pero, señora...

QUITER. Ya sabia yo que era usted un libertino; pero no creí que llegara á tanto la audacia de esas mujeres.

SIMON. (*Fuera.*) Entren ustedes, señoras, entren ustedes, y allá se las hayan con el seductor, que yo no tengo nada en la torta.

JUANA. (*Desde la puerta.*) Muy bien hecho. A los pícaros se les debe quitar la máscara.

CRISANT. Sí, que ellas necesitan mucho para...

ESCENA XI.

Dichos.—DOÑA JUANA.—MANUELA.—VARIAS MUJERES *en trages muy estravagantes, que rodean á don Críspulo.*

MUJ. 1.ª Ya te encontramos, pícaro seductor.

TODAS. Vil seductor.

CRÍSP. Qué gente es esta? Pero, señores, qué gente es esta? Qué confusion! Qué algarabía!

MUJERES. Ya no te escapas. Ya no te escapas. Falso, traidor, infame.

CRÍSP. De dónde habeis salido, brujas de los demonios?

MUJERES. Ya no te escapas.

CRÍSP. (*A Rosa.*) Señorita...

ROSA. No se acerque usted á mí.

CRÍSP. A Dios pongo por testigo, señora...

MUJERES. Miente el infame.

QUITER. Ay de mí! Bien me lo decia su tio!

JUANA. (*A Simon.*) Ese castigo ha venido del cielo.
SIMON. Yo te prometo la enmienda.
CRÍSP. Idos de aquí, visiones endemoniadas.
TODAS. No nos iremos sin tí.
TODOS. Qué confusion!
MUJERES. Ya no te escapas.
CRÍSP. Qué es esto, Dios mio? A dónde me llevais?
MUJERES. Al infierno. (*Acometen todas á don Críspulo y rodeándolo, salen con él por la puerta del foro.*)
QUITER. (*Viéndolos salir.*) Anda con Dios. Qué baraunda! Qué baraunda! Esto no es casa. Esto es un infierno. Hija de mis entrañas, en dónde iba yo á meterte! Si tuviera quien nos acompañara, ahora mismo tomábamos el camino para Sevilla.
ROSA. Si usted quisiera, no faltaria quien se tomara ese trabajo.
QUITER. Quién?

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—DON MANUEL.—JOSÉ.

MANUEL. Señora, el que por alcanzar la mano de Rosita ha dado origen á estos enredos.
QUITER. Calla! Conque ha tenido usted atrevimiento de seguirnos hasta la córte?
MANUEL. Señora, mi tio, que acaba de ascender al ministerio, me habia llamado con anticipacion.
QUITER. Conque su tio de usted?... Ya presumia yo que anduviera por aquí el pícaro de Manolito. Y dónde pára usted, buena pieza?
MANUEL. En ese cuarto.
QUITER. Calla! Pues y el embajador que...
MANUEL. El embajador tambien era contrahecho como el tio de don Críspulo.
QUITER. De veras?
JOSÉ. (*Saliendo.*) Chachipé. (*Se quita las barbas.*)
QUITER. Este... este no es el novio de mi doméstica? Qué bajon ha dado!

MANUEL. Conque me perdona usted y no se opone á nuestros deseos?

ROSA. Mamá...

QUITER. Venid á abrazarme. (*Lo hacen.*) Sabes que ha hecho tu tio muy buena carrera?

MANUEL. Mejor la he hecho yo, que he conseguido la mano de mi Rosa.

AMBROS. Si usted quisiera encargarse de este memorialito?

ANGEL. Y de este.

CRISANT. El mio se lo daré á usted mañana, que ya es la una, y voy á acostarme.

MANUEL. Yo me encargo de todos; y para solemnizar tanta ventura, pagaré á don Simon cuanto ustedes le deben.

SIMON.
JUANA. } Es posible!

CRISANT.
AMBROS.
ANGEL. } Tanta bondad!

CRISANT. Conque, don Simon, desde mañana cuenta nueva.

SIMON. Desde mañana me voy á vivir aunque sea á una bohardilla. No quiero mas huéspedes ni mas infierno.

JUANA. Gracias á Dios!

SIMON. Aun me resta que decir,
público afable y discreto,
que de esta pieza el objeto
fué solo hacerte reir.
Si no ha sido de tu gusto,
cállatelo por favor;
no por mí, por el autor
que está temblando de susto.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Sr. Censor de turno y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

Madrid 9 de Diciembre de 1853.

Zaragoza.

EN UN ACTO.

Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances deun apellido.
ClasesPasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIA

Adra. . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . .	Felix Quiroga.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Juan Antonio Gomez.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz.. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente . .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud.. .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	
Cartagena.. .	Vicente Benedicto.
Castellon.. .	
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Joaquin Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.. . . .	Juan Cano.

Lorca. . . .	D. Francisco D
Lugo.	Manuel Puj
Lucena . . .	José Jimene
Málaga. . . .	Francisco d
Manila. . . .	Ramon Som
Manresa. . .	Manuel Sal
Manzanares. .	Dimas Lope
Medina Sidon.	Francisco Ru
Motril. . . .	José Joaquin
Murcia. . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon
Oviedo. . . .	Bernardo Lo
Palencia. . .	Gerónimo C
Palma. . . .	Pedro José C
Pamplona. .	Ignacio Garc
Paris.	
Plasencia.. .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea
Priego. . . .	Gerónimo C
P. Sta. María.	José Valde
Requena. . .	Antolin Pene
Reus.	Juan Bautist
Rivadeo. . .	Francisco F.
Ronda. . . .	Rafael Gutie
Salamanca. .	Telesforo Ol
S. Fernando.	José Tellez
San Lucar. .	José María
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ra
S. Sebastian.	Sres. Domerc
Santander. .	José Aguirre
Santiago. . .	Sres. Sanche
Segovia. . . .	Eugenio Al
Sevilla. . . .	Cárlos Santi
Idem.	Juan Antoni
Soria.. . . .	Francisco Pe
Talavera. . .	Angel Sanch
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Casti
Toledo. . . .	José Hernan
Toro.	Alejandro Ro
T. de Cuba.	Meliton Fran
Tuy.	Francisco Mar
Valencia. . .	Francisco Ma
Idem.	Francisco de
Valladolid. .	José M Lezca
Valls.	Cayetano Bad
Velez Málaga	Mariano Ceb
Vich.	Ramon Tolos
Vigo.	José María Cl
Vill. y Geltrú	José Pers y R
Vitoria. . . .	Bernardino R
Ubeda. . . .	Francisco de I
Zafra	Juan de Dios
Zamora. . .	Manuel Cond
Zaragoza . .	Pascual Polc

El Círculo Literario Comercial se halla establecido e
de Fuencarral, casa Astrarena.